
El álgebra de la justicia infinita*

Arundathi Roy

Pocos días después de los desmedidos e irracionales ataques suicidas al Pentágono y al World Trade Center, un comentarista estadounidense dijo: "El Bien y el Mal rara vez se manifiestan tan claramente como lo hicieron el pasado martes. Gente que no conocemos, gente masacrada que sí conocemos. Y lo hicieron con desdeñoso regocijo". No aguantó más y rompió a llorar. Este es el meollo del asunto: Estados Unidos está en guerra contra personas que no conoce (porque no aparecen mucho en la televisión). Antes de haber identificado correctamente o siquiera haber empezado a comprender la naturaleza de su enemigo, el gobierno estadounidense -en una apresurada campaña de publicidad y retórica embarazosa- ha hilvanado una "coalición internacional contra el terror", movilizó a su ejército, su fuerza aérea, su fuerza naval y sus medios de comunicación, y los ha enviado a pelear.

El problema es que una vez que Estados Unidos se lanza a la guerra, no puede regresar sin haber luchado en una. Si no encuentra a su enemigo, tendrá que fabricarse algo, por consideración a la gente enfurecida que se quedó esperando. Una vez que empiece la guerra, desarrollará su propia lógica y justificación, y perderemos de vista la razón por la que se está peleando.

Lo que estamos presenciando es el espectáculo del país más poderoso del mundo esforzándose, de manera refleja, rabiosa, por recuperar un viejo instinto para pelear un nuevo tipo de guerra. De repente, cuando se trata de defenderse a sí mismo, los barcos de guerra, los misiles Cruise y los jets F-16 de Estados Unidos se ven como cosas obsoletas, pesadas. Como elemento de disuasión, su arsenal de bombas nucleares

* Artículo aparecido en la revista *Outlook-India*

ya no vale ni su peso como chatarra. Las navajas, los *cutters* y una fría rabia son las armas con las que se librarán las guerras del nuevo siglo. La rabia es la ganzúa. Pasa por la aduana sin ser notada. No aparece en los registros de equipaje.

¿Contra quién pelea Estados Unidos? El 20 de septiembre el FBI declaró que tenía dudas sobre las identidades de algunos de los secuestradores aéreos. El mismo día, el presidente George W. Bush expresó: "Sabemos con exactitud quiénes son estas personas y qué gobiernos las apoyan". Suena como si el presidente supiera algo que el FBI y el público estadounidense no saben.

Durante su discurso ante el Congreso, el 20 de septiembre, el presidente Bush llamó "enemigos de la libertad" a los enemigos de los Estados Unidos. "Los estadounidenses se preguntan por qué nos odian", dijo. "Oodian nuestras libertades: nuestra libertad religiosa, nuestra libertad de expresión, nuestra libertad para votar y reunirnos y estar en desacuerdo". A la gente, aquí, se le están pidiendo dos actos de fe. Primero, que asuman que el Enemigo es quien el gobierno de Estados Unidos dice que es, aunque no tiene pruebas sustanciales para apoyar su afirmación. Y segundo, que asuman que los motivos del Enemigo son los que el gobierno estadounidense dice que son, y tampoco hay nada en que eso se sostenga.

Por razones estratégicas, militares y económicas, es vital que el gobierno de Estados Unidos convenza a sus ciudadanos de que el compromiso de su país con la libertad y la democracia, así como el "American way of life" están bajo ataque. En el ambiente actual de aflicción, desolación y cólera, es una noción fácil de vender. Sin embargo, si es que ello fuera cierto, resulta razonable preguntarse por qué fueron elegidos como blanco de los ataques los símbolos del poder económico y militar de Estados Unidos -el World Trade Center y el Pentágono. ¿Por qué no la estatua de la libertad? ¿Podría ser que la cólera estigia que condujo los ataques tiene su raíz primaria no en la libertad y la democracia estadounidenses, sino en el historial del gobierno de los Estados Unidos que indica su dedicación y apoyo a justamente lo opuesto: terrorismo militar y económico, insurgencia, dictaduras militares, intolerancia religiosa y genocidios inimaginables (fuera de su territorio)?

Debe ser difícil para los estadounidenses comunes, tan recientemente golpeados, mirar al mundo con los ojos llenos de lágrimas y encontrar lo que puede parecer indiferencia. No es indiferencia. Es sólo

augurio. Una ausencia de sorpresa. La fatigada sabiduría de saber que lo que anda rondando, alguna vez habrá de llegar. Los estadounidenses deben saber que no son ellos, sino las políticas de su gobierno, las odiadas. No pueden dudar ni por un momento de que ellos y ellas mismas, sus extraordinarios músicos, sus escritores, sus actores, sus espectaculares atletas y sus películas, son universalmente bienvenidos.

Todos nos hemos emocionado con el valor y la buena voluntad mostrados por los bomberos, rescatistas y oficinistas durante los días y semanas que siguieron a los ataques.

La aflicción de Estados Unidos por lo que sucedió ha sido inmensa e inmensamente pública. Resultaría grotesco esperar que calibraran o modularan su pesar. Sin embargo, será una pena que en vez de usar esto como una oportunidad para tratar de entender por qué sucedió el 11 de septiembre, los estadounidenses lo usaran como una oportunidad para usurpar el dolor de todo el mundo, para lamentarse sólo por los suyos y vengarlos sólo a ellos. Porque entonces nos corresponderá al resto de nosotros plantear las preguntas difíciles y expresar cosas muy severas. Y nuestro trabajo, el momento en que lo hacemos, hará que resultemos desagradables, que no nos tomen en cuenta y a la larga, tal vez, que nos hagan callar.

El mundo quizá nunca sabrá qué motivó a esos secuestradores en particular a estrellar aviones en esos edificios estadounidenses en particular. No buscaban la gloria. No dejaron notas suicidas, no dejaron mensajes políticos, ninguna organización se ha adjudicado los ataques. Todo lo que sabemos es que su convicción en lo que estaban haciendo superaba el instinto natural de sobrevivencia o el deseo de ser recordados. Es como si no hubieran podido reducir la escala de su enorme rabia a nada más pequeño que sus actos finales. Y lo que hicieron abrió un hueco en el mundo tal y como lo conocíamos. A falta de información, los políticos, comentaristas políticos, escritores (como yo misma) revestirán el acto con su propia política, con sus propias interpretaciones. Esta especulación, este análisis del clima político en el que se llevaron a cabo los ataques, sólo puede traer cosas buenas.

Pero la guerra amenaza con ser de enormes proporciones. Lo que quede por decir, debe decirse rápidamente. Antes de que Estados Unidos se coloque al mando de la "coalición internacional contra el terror", antes de que invite (y obligue) a diversos países a participar activamente en esta misión cuasi divina - la Operación Justicia Infinita- ayudaría

hacer ciertas aclaraciones. Por ejemplo, ¿justicia infinita para quién? ¿Esta es una guerra estadounidense contra el terror en Estados Unidos o contra el terror en general? ¿Qué es exactamente lo que se va a vengar aquí? ¿Es la trágica pérdida de cerca de 7 000 vidas, el destroz de más de 250 mil metros cuadrados de oficinas, la destrucción de un sector del Pentágono, la pérdida de varios cientos de miles de empleos, la quiebra de algunas compañías de aviación y la baja en la bolsa de valores de Nueva York? ¿O es más que eso?

En 1996, se le preguntó en la televisión nacional a Madeleine Albright, entonces secretaria de estado de Estados Unidos, qué pensaba del hecho de que como resultado de las sanciones económicas estadounidenses hubieran muerto 500 000 niños iraquíes. Respondió que se trataba de una "elección muy difícil", pero que considerando todos los aspectos de la cuestión, "pensamos que vale la pena pagar el precio". Madeleine Albright no perdió su empleo por esta declaración. Siguió viajando por todo el mundo con la representación de los puntos de vista y aspiraciones del gobierno estadounidense. Es más, las sanciones contra Irak continúan vigentes. Los niños siguen muriendo.

Así que aquí lo tenemos. La distinción equívoca entre civilización y barbarie, entre la "masacre de personas inocentes" o, si se quiere, "el choque de civilizaciones", y "el daño colateral". El álgebra sofista y melindrosa de la justicia infinita. ¿Cuántos iraquíes muertos se necesitan para hacer que el mundo sea un lugar mejor? ¿Cuántos afganos muertos por cada estadounidense muerto? ¿Cuántas mujeres y niños muertos por cada hombre muerto? ¿Cuántos mujaidines muertos por cada banquero muerto?

La operación justicia infinita se desarrolla en las pantallas de televisión de todo el mundo, mientras miramos alhelados. Una coalición de los superpoderes mundiales acecha Afganistán, uno de los países del mundo más pobres, más devastados y destruidos por la guerra, cuyo gobierno talibán ha dado refugio a Osama bin Laden, el hombre al que se hace responsable de los ataques del 11 de septiembre.

Lo único en Afganistán que podría considerarse de valor colateral son sus habitantes. (Entre ellos, medio millón de huérfanos mutilados. Existen relatos de estampidas cojeantes cuando se lanzan desde el aire piernas artificiales en remotas e inaccesibles aldeas.) La economía de Afganistán está en ruinas. De hecho, el problema para un ejército invasor es que Afganistán no cuenta con coordenadas convencionales ni

señales que puedan marcarse en un mapa militar: no tiene ciudades grandes, ni carreteras, ni complejos industriales, ni plantas de tratamiento de aguas. El territorio rural está sembrado de minas; se calcula que son diez millones. El ejército estadounidense tendría primero que retirar las minas y construir caminos para poder meter a sus soldados.

Temiendo un ataque de los Estados Unidos, un millón de afganos han escapado de sus hogares y llegado a la frontera entre Pakistán y Afganistán. Puesto que se están acabando los víveres -se ha pedido a las agencias de ayuda que se retiren- se espera, informa la BBC, uno de los peores desastres humanos de los últimos tiempos. Contemplemos la justicia infinita del nuevo siglo. Civiles que se mueren de hambre, mientras esperan que los maten.

Al contribuir a matar a civiles afganos, el gobierno estadounidense terminará por ayudar a la causa de los talibanes. En Estados Unidos se ha hablado de "bombardear Afganistán para que vuelva a la edad de piedra". Alguien por favor déle la noticia de que Afganistán ya está en la edad de piedra. Y si sirve de consuelo, Estados Unidos desempeñó un papel nada desdeñable para que se encuentre en el estado en que está. Puede que los estadounidenses no sepan con precisión dónde se encuentra Afganistán (hemos oído que se han empezado a vender muchos mapas de Afganistán), pero el gobierno de Estados Unidos y Afganistán son viejos amigos. En 1979, después de la invasión soviética, la CIA y el ISI de Pakistán (su agencia de inteligencia) emprendieron la operación secreta más grande en la historia de la CIA. Su propósito era aprovechar la energía de la resistencia afgana contra los soviéticos y ampliar ésta de modo que se convirtiera en una guerra santa, una *jihad* islámica, que haría que las repúblicas musulmanas dentro de la Unión Soviética se levantaran en contra del régimen comunista y a la larga lo desestabilizaran. Cuando comenzó, se supone que sería el Vietnam de la Unión Soviética. Resultó ser mucho más que eso. Al paso de los años, la CIA financió y reclutó a cerca de cien mil mujaidines radicales de 40 países islámicos como soldados para la guerra que pelearían otros. Las tropas de los mujaidines no sabían que *su jihad* se estaba haciendo en realidad a favor del Tío Sam. (Lo irónico es que Estados Unidos desconocía también que estaba financiando una guerra futura contra sí mismo.)

Para 1989, después de desangrarse en diez años de conflicto implacable, los rusos se retiraron, dejando tras ellos una civilización en rui

nas. La guerra civil continuó en Afganistán. La *jihad* se extendió a Chechenia, Kosovo y finalmente a Cachemira. La CIA siguió enviando dinero y equipo militar, pero los gastos de operación se habían incrementado enormemente, y se necesitaba más dinero. Los mujaidines ordenaron a los campesinos plantar opio como un "impuesto revolucionario". El ISI instaló cientos de laboratorios de heroína en Afganistán. A dos años de la llegada de la CIA, la frontera entre Pakistán y Afganistán se había convertido en la mayor zona productora de heroína en el mundo, y la fuente principal de esta droga en las calles de Estados Unidos.

Las ganancias anuales, que se dice eran de 100 a 200 billones de dólares, se invertían en el entrenamiento y en la compra de armas.

En 1995, los talibanes -entonces una secta marginal de peligrosos fundamentalistas de línea dura- alcanzaron mediante la lucha armada el poder en Afganistán. Estaban financiados por el ISI, antiguo secuaz de la CIA, y apoyados por varios partidos políticos de Pakistán. Los talibanes desataron un régimen de terror. Sus primeras víctimas fueron su propio pueblo, sobre todo las mujeres. Se cerraron las escuelas para niñas, despidieron a las mujeres que trabajaban en el sector público, impusieron las leyes de la *Sharia* según las cuales las mujeres consideradas "inmorales" son lapidadas hasta morir y las viudas acusadas de adulterio son enterradas vivas. Dado el récord del gobierno talibanes en derechos humanos, no parece probable que se sienta intimidado o cambie su propósito por la posibilidad de una guerra o la amenaza a las vidas de sus civiles.

Después de todo lo que ha sucedido, ¿puede haber algo más irónico que el hecho de que Rusia y los Estados Unidos planeen re-destruir juntos Afganistán? La pregunta es, ¿se puede destruir la destrucción? El lanzamiento de más bombas en Afganistán sólo removerá los escombros, revolverá algunas viejas tumbas y perturbará a los muertos.

El paisaje desolado de Afganistán fue el cementerio del comunismo soviético y el trampolín para un mundo unipolar dominado por Estados Unidos. Construyó el espacio para el neocapitalismo y la globalización empresarial, también dominada por Estados Unidos. Y ahora Afganistán se presenta como el cementerio para los soldados que pelearon y ganaron esa guerra para Estados Unidos.

¿Y qué pasa con el fiel aliado de Estados Unidos? Pakistán también ha sufrido tremendamente. El gobierno de Estados Unidos no ha vacilado en apoyar a dictadores militares que han bloqueado la posibili

dad de que la democracia eche raíces en el país. Antes de que llegara la CIA, existía un pequeño mercado rural de opio en Pakistán. Entre 1979 y 1985, el número de adictos a la heroína se incrementó de cero a un millón y medio. Hay tres millones de refugiados afganos viviendo en tiendas de campaña a lo largo de la frontera. La economía paquistaní está desmoronándose. La violencia sectaria, los programas de ajuste estructural de la globalización y los señores de la droga están haciendo trizas al país. Establecidos para luchar contra los soviéticos, los centros de entrenamiento para terroristas, diseminados como dientes de dragón por todo el país, produjeron fundamentalistas con una tremenda popularidad dentro del mismo Pakistán. Los talibanes, a quienes el gobierno paquistaní ha apoyado y financiado durante años, tienen alianzas materiales y estratégicas con los partidos políticos de Pakistán. Ahora el gobierno de Estados Unidos le está pidiendo (¿pidiendo?) a Pakistán que le dé garrote a la mascota que ha criado en su patio trasero durante tantos años. El presidente Musharraf, habiendo prometido su apoyo a los Estados Unidos, podría encontrarse con algo parecido a una guerra civil a punto de estallarle en las manos.

La India, debido en parte a su geografía, y en parte a la visión de sus líderes en el pasado, ha tenido hasta ahora la fortuna de verse excluida de esta gran partida. Si se hubiera visto inmersa en ella, lo más probable es que nuestra democracia, tal como es, no habría sobrevivido. Hoy, mientras algunos nos observan con horror, el gobierno indio está meneando furiosamente las caderas, rogando a Estados Unidos que instale sus bases allí en vez de hacerlo en Pakistán. Habiendo podido presenciar desde la primera fila el sórdido destino de Pakistán, no sólo es extraño, sino impensable que India quiera esto. Cualquier país del tercer mundo con una economía frágil y una base social compleja debiera ya saber que invitar a un superpoder como Estados Unidos (ya sea que diga que se queda o que sólo está de paso) es como invitar a un ladrillo a pasar a través de tu ventana.

En el bombardeo de los medios que siguió a los sucesos del 11 de septiembre, ningún canal de televisión de las cadenas principales consideró necesario contar la historia, de la relación entre Estados Unidos y Afganistán. Así que para quienes no conocían la historia, la cobertura de los ataques puede haber sido conmovedora, perturbadora, y tal vez para los cínicos, auto complaciente. Sin embargo, para aquellos de nosotros que conocemos de cerca la historia reciente de Afganistán, la

cobertura de la televisión estadounidense y la retórica de la "coalición internacional contra el terror" es definitivamente un insulto. La "prensa libre" de Estados Unidos, así como su "mercado libre", tienen mucho que explicar.

La operación justicia infinita lucha, aparentemente, para sostener el "American way of life". Probablemente termine debilitándolo en su totalidad. Engendrará más ira y más terror en todo el mundo. Para la gente común y corriente en Estados Unidos significará vidas vividas en un clima de incertidumbre deprimente: ¿estará mi hijo seguro en la escuela? ¿Soltarán gas en el metro? ¿Pondrán una bomba en el vestíbulo del cine? ¿Regresará a casa mi amada(o) esta noche? Ya CNN alerta a la gente sobre la posibilidad de una guerra biológica -viruela, peste bubónica, antrax- diseminada por inocuas avionetas de fumigación. Tal vez sea peor ser eliminados poco a poco, que verse aniquilados de una vez por una bomba nuclear.

El gobierno de Estados Unidos, y sin duda los gobiernos de todo el mundo, usarán el clima de guerra como excusa para limitar las libertades civiles, prohibir la libertad de expresión, despedir a trabajadores, acosar a minorías étnicas y religiosas, recortar el gasto público y desviar enormes cantidades de dinero a la industria militar.

¿Con qué propósito? El presidente Bush no puede ni "librar al mundo de maleantes", ni llenarlo de santos. Es absurdo que el gobierno de Estados Unidos siquiera juegue con la idea de que puede acabar con el terrorismo utilizando más violencia y opresión. El terrorismo es el síntoma, no la enfermedad. El terrorismo no tiene nacionalidad. Es transnacional, una empresa tan globalizada como la Coca o Pepsi o Nike. A la primera señal de problemas, los terroristas pueden retirar sus inversiones y trasladar sus "fábricas" de un país a otro en busca de un sitio mejor. Igual que las multinacionales.

Tal vez el terrorismo como fenómeno no desaparezca nunca. Pero para poder ponerle límites, el primer paso tendría que ser que Estados Unidos por lo menos reconociera que comparte el planeta con otras naciones, con otros seres humanos, quienes, aunque no aparezcan en televisión, tienen amores y penas e historias y cantos y tristezas, y por Dios, tienen derechos. En vez de ello, cuando se le preguntó a Donald Rumsfeld, secretario de la defensa de Estados Unidos, qué consideraría una victoria en esta nueva guerra, declaró que si pudiera convencer al mundo de que se debe permitir a los estadounidenses continuar con su modo de vida, eso sería para él una victoria.

Los ataques del 11 de septiembre fueron una tarjeta de visita monstruosa de un mundo que se ha desquiciado totalmente. El mensaje puede haber sido escrito por Osama bin Laden (¿quién lo sabe?) y entregado por sus mensajeros, pero bien puede haber sido firmado por los espectros de las víctimas de las pasadas guerras de Estados Unidos.

Los millones muertos en Corea, Vietnam y Camboya; los 17 500 muertos cuando Israel -apoyado por Estados Unidos- invadió Líbano en 1982; los 200 000 iraquíes muertos en la operación tormenta del desierto; los miles de palestinos que han muerto luchando contra la ocupación por Israel de la Franja oriental. Y los millones que murieron en Yugoslavia, Somalia, Haití, Chile, Nicaragua, El Salvador, la República Dominicana, Panamá, a manos de todos los terroristas, dictadores y genocidas a quienes el gobierno estadounidense apoyaba, entrenaba, financiaba y suministraba armas.

Y esta lista dista de ser exhaustiva. Para ser un país que ha estado involucrado en tantas contiendas y conflictos, los estadounidenses han sido extremadamente afortunados. Los ataques del 11 de septiembre representan el segundo golpe sobre territorio estadounidense en cerca de un siglo. El primero fue Pearl Harbor. La represalia tomó una larga ruta, pero terminó con Hiroshima y Nagasaki. Esta vez el mundo espera conteniendo la respiración los horrores que vendrán.

Alguien dijo hace poco que si Osama bin Laden no existiera, Estados Unidos tendría que inventarlo. Pero, de cierta manera, Estados Unidos lo inventó. Él era uno de los *jeuets* que fue a Afganistán cuando la CIA comenzó ahí sus operaciones. Osama bin Laden posee el mérito de haber sido creado por la CIA y requerido por el FBI. En sólo quince días, ha sido promovido desde sospechoso hasta sospechoso principal, y después, a pesar de la ausencia de pruebas reales, llegó al primer lugar y ahora se lo busca "vivo o muerto".

Desde donde se vea, será imposible encontrar pruebas (del tipo que pasaría el escrutinio de una corte) para vincular a Osama bin Laden con los ataques del 11 de septiembre. Hasta ahora, parece que la prueba más incriminatoria en contra suya es el hecho de que no ha condenado los ataques.

Por lo que se sabe sobre los lugares y las condiciones de vida desde las que opera Osama bin Laden, es posible que él no haya planeado ni llevado a cabo personalmente los ataques, que él sea la figura que los inspiró, el "director de la gran empresa".

La respuesta de los talibanes a las demandas de Estados Unidos para extraditar a Osama bin Laden fue sorprendentemente razonable: presenten las pruebas y lo entregaremos. La respuesta del presidente Bush fue que la solicitud no era negociable. (Ya que se habla de extraditar a directores de compañías, ¿no podría introducir India un pedido para la extradición de Warren Anderson de los Estados Unidos? Él era presidente de Union Carbide, responsable de la fuga de gas en Bopal que mató a 16 000 personas en 1984. Hemos reunido las pruebas necesarias para ello. Todo está en los archivos. ¿Podrían entregárnoslo, por favor?)

Pero, ¿quién es realmente Osama bin Laden?

Mejor lo digo de otro modo. ¿Qué es Osama bin Laden?

Es el secreto familiar de Estados Unidos. Es el siniestro doble del presidente de ese país. El gemelo salvaje de todo lo que pretende ser bello y civilizado. Fue esculpido a partir de la costilla de un mundo arruinado por la política exterior de Estados Unidos: su diplomacia apoyada en cañones; su arsenal nuclear; su política, vulgarmente denominada de "dominio de todo el espectro"; su escalofriante desdén por las vidas de quienes no son estadounidenses; sus bárbaras intervenciones militares; su apoyo a regímenes despóticos y dictatoriales; su desalmada agenda económica que, cual plaga de langostas, ha deshecho las economías de países pobres. Sus merodeantes multinacionales, que se apropian del aire que respiramos, del suelo en que estamos parados, el agua que bebemos, los pensamientos que pensamos.

Ahora que se ha revelado el secreto de la familia, los gemelos se desdibujan, se traslapan y poco a poco se vuelven intercambiables. Sus pistolas, bombas, dinero y drogas llevan tiempo dando vueltas por todo el mundo. (Los misiles Stinger que recibirán a los helicópteros estadounidenses fueron suministrados por la CIA. La heroína que usan los drogadictos en Estados Unidos proviene de Afganistán. El gobierno de Bush le otorgó recientemente a Afganistán un subsidio de 43 millones de dólares para una "guerra contra las drogas"...). Ahora incluso han comenzado a compartir la retórica. Cada uno se refiere al otro como "la cabeza de la serpiente". Ambos invocan a Dios y utilizan la moneda milenaria del Bien y del Mal como sus términos de referencia. Ambos están involucrados en indudables crímenes políticos. Ambos están peligrosamente armados: uno con el arsenal nuclear de los obscenamente poderosos, el otro con el poder incandescente y destructivo de los que

no tienen una sola esperanza. La bola de fuego y el picahielo. El mazo y el hacha. Lo que hay que recordar es que ninguno es una alternativa aceptable.

El ultimátum del presidente Bush para los pueblos del mundo, "Si no están con nosotros, están en nuestra contra", es una muestra de arrogancia presuntuosa. La gente no tendría por qué tomar esa decisión, ni quiere, ni necesita hacerlo.

Traducción: Cecilia Olivares